

Dónde reside la ficción

El médico del emperador y su hermano

ROBERTO BURGOS CANTOR
Seix Barral, Bogotá, 2016, 127 pp.

NO ES esta la primera vez ni será la última que un escritor se valga de la figura de Napoleón para escribir una obra literaria. La fábula del corso, cuyos restos reposan en el corazón de los Inválidos, en París, ha sido recreada y reinventada una y otra vez por plumas tan variadas y autorizadas como las de Balzac, Stendhal, Victor Hugo, Tolstoi, Heine, Byron y Leopardi. Y ahora, Roberto Burgos Cantor. El reto, por supuesto, es grande, pero el cartagenero lo afronta haciendo gala de lo que mejor sabe hacer: recrearse en el lenguaje, partir de la historia para desembocar en la reflexión ontológica, atemporal, estética.

Tal vez sea injusto catalogar a *El médico del emperador y su hermano* como una novela sobre Napoleón, de la misma manera que es injusto reducir los Inválidos a la tumba de Bonaparte. Esta no es una novela sobre Napoleón; bueno, lo es, pero también, y sobre todo, es una novela sobre los cauces extraños del tiempo que llevan del presente al pasado. De hecho, Burgos Cantor se cuida de no nombrar a Napoleón casi hasta el final. Lo llama “el emperador”, lo que le permite fijar con un símbolo (Napoleón) otro símbolo (el poderoso caído). En definitiva, lo importante no será contar al coloso de la historia sino a un personaje menor, casi anónimo (como suelen ser los de las historias de Burgos Cantor), que en su trasegar une la isla-prisión de Santa Elena con una casona francesa en Cienfuegos, con un Santiago de Cuba abrumado por la fiebre amarilla, con unas tierras caribeñas en lo que es hoy Colombia, con el anfiteatro de la facultad de medicina de una universidad en Bogotá, con un escritor cubano de quien se cuenta que escribe un texto inconcluso, con el autor de la novela y, finalmente, con el lector.

El relato está dividido en cinco segmentos. El primero contiene las reflexiones del médico François Carlo

Antommarchi en la isla de Santa Elena, a donde ha sido enviado para atender la salud del emperador, quien rehúsa sus servicios y esto le permite al médico ocupar su tiempo realizando unas planchas anatómicas del cuerpo humano en un taller de litografía. Trabaja en las planchas y piensa, piensa mucho y sobre muchas cosas, pero más que nada sobre los límites de la medicina y las posibilidades de la curación. ¿Puede el médico sanar la ambición, la nostalgia, la soledad, el poder? ¿Puede curar a alguien que no quiere ser curado? El capítulo termina cuando muere el emperador y Antommarchi toma sus cosas —entre ellas los grabados— y se embarca con destino a Cuba, no se entiende bien por qué. En la realidad, antes de viajar a Cuba estuvo un tiempo en París, otro en Polonia y otro en Luisiana, viajes que el autor decidió ignorar, quizá para acelerar el advenimiento del mundo caribeño en el relato. El segundo y el tercer capítulo se ocupan de los oficios de Antommarchi en Cuba hasta su muerte. En el cuarto capítulo aparece José María Antommarchi, hermano del médico, que viaja a Cuba para enterarse de las circunstancias en las que murió François y termina casándose con una neogranadina, Victoria, e instalándose en el Caribe colombiano por el resto de sus días. Luego viene un epílogo y una *nota bene*, que a mi parecer son lo mejor del libro.

Confieso que me costó bastante pasar de las primeras cincuenta páginas, en las que demasiadas reflexiones ingeniosas y bellamente escritas debilitan considerablemente la eficacia narrativa. Algunos párrafos son verdaderos acertijos, como es el caso del que abre el libro:

El médico Francesco Antommarchi no cedió nunca a la vanidad de las versiones legítimas que daban cuenta de un hecho, una persona, un acontecimiento. Esta legitimidad era fundada por los demás sobre la presunción de sus intervalos en ellos, o sobre su creencia, más compleja, de haber estado en su compañía. (p. 7)

A eso se suma que en realidad no pasa gran cosa, la acción es mencionada indirectamente y a ratos desaparece en un mar de axiomas y de frases de excesivo lirismo, verbigracia:

Aunque José María controló las precipitaciones, el ritmo de la navegación en un Caribe bonancible, de atardeceres abreviados que dejaban la exacerbada incomodidad en los sentimientos de algo que se fugaba antes de ser vivido, estuvo a su favor y le facilitó llegar a la frontera en la cual los rodeos de las palabras temerosas se agotan. (p. 98)

Está claro que al narrador no le preocupa tanto contar el cuento, como el lenguaje en el que lo cuenta. Más que un contador de historias, el narrador es un hilandero de reflexiones que en la balanza de la expresión favorece siempre la complejidad y la floritura, y se aparta de la enunciación directa de la anécdota. Nada de esto es nuevo en Burgos Cantor, pero está más acentuado en este que en otros libros suyos.

Desconcertante me pareció también el sustrato histórico de las primeras páginas y su geografía tan lejana al Caribe, aunque esto cambiará más adelante. Así y todo, incluso en Santa Elena hay ecos del paisaje que el autor prefiere, pues está el mar que, como escribió Borges, es “el siempre mar”, así como la mención, casi de pasada, de unos locos neogranadinos que se rumora pretenden liberar al emperador. Terminé el primer capítulo y continué leyendo, impulsado más que nada por las ganas de descubrir qué extraño azar había despertado en el autor el deseo de contar la historia del médico que acompañó al emperador hasta su muerte. Fui con Antommarchi a Cuba y luego de que muriera seguí a su protectora, la señora Nicole, y a su hermano José María. El cambio de protagonista no alteró en absoluto el estilo de la narración. Los dos resultaron ser tan reflexivos como el médico. La clave para disfrutar este texto, comprendí leyendo el epílogo, está en abandonar el deseo de buscar el relato y dejarse llevar por su ritmo poderoso, libertario e hipnótico. Leí el resto no como si se tratara de una novela, sino de un poema o una rica melodía. En la *nota bene* encontré lo que había buscado desde un principio, es decir, el relato de la gestación del texto, en el que se nos cuenta la manera en la que los grabados de Antommarchi han llegado al narrador (¿al autor?) que da cuenta del modo maravilloso en que la

realidad enciende la ficción. “¿Dónde reside la ficción, en los dibujos o en el trazo laborioso de la letra?” (p. 115), es la pregunta que cierra la *nota bene* y antecede la reproducción de los grabados. ¿Dónde?, en efecto.

Santiago Cepeda